

Autora: María Alejandra Oliver. (Seudónimo: Aldana Salas)

CRÓNICA DE UN PLACER INESPERADO

Patricio Plass padecía de pudores, poseía perfil pulcro y puritano, podía pecar de parsimonioso, pero, primero, pecaba de pavo.

Ese día, decidió cambiar. Iba a hacer todo distinto a lo realizado durante sus 35 años.

En esas coyunturas estaba, cuando sonó el timbre y abrió directamente, sin preguntar quién era; evitando la meticulosa encuesta con la que solía torturar a quien fuera que intentase acceder a su domicilio del 6°B en el 303 de la calle Pueyrredón.

Definitivamente estaba decidido a dar un categórico vuelco a su accionar cotidiano.

Una mujer -quien dijo llamarse Paulette Paquett- madura y amplia, maquillada excesivamente, entró gritando, reclamándole en otro idioma -que se oía como francés- algo que él no terminaba de descifrar.

Patricio Plass priorizó su plan previsto, puso punto a sus preestablecidos procederes predecibles y permitió que Paulette Paquett, presuntamente poseída por alguna previa patología, lo persiguiera por los pasillos, prodigándole impertinentes improperios.

Antes, hubiera escapado a la calle, evitando el zamarreo del que estaba siendo víctima. Una, por ser extremadamente tímido y de perfil excesivamente bajo y, otra, por ser extremada y excesivamente cobarde. Pero ese día cumplía años y había decidido un rotundo cambio de actitud.

Ella lloraba y, mientras se le corría el rímel, se quitaba el enorme tapado de piel blanco. Cuál no sería el espanto de Patricio al descubrir que, debajo del abrigo, ella no llevaba nada puesto.

Él nunca había visto algo semejante. Esporádicamente -muy esporádicamente, sí, - había tenido el gusto de relacionarse con señoritas que merodeaban los treinta, muy recatadas, muy decentes, muy delgadas, bien habladas, sobre todo, porque lo hacían en español y siempre tapadas con discretas colchas de franela, que él agradecía porque, como dije, era tímido. Acá no... acá, era todo taaanto... y -para colmo- todo y tanto... estaban a la intemperie.

La situación llegó a su clímax cuando ella giró en abrupto silencio... y comenzó a mirarlo en francés.

Patricio Plass, pasmado, prefirió partir para *profugarse* con premura; proponiéndose -por peligroso y precario- postergar su plan para la próxima primavera... pero, pero, pero, Paulette Paquett poseía un persistente poder persuasivo.

Él, al igual que vos que estás leyendo, seguía sin entender qué le reclamaba ella. Alguien como Patricio era incapaz de hacer algo indebido. A Paulette Paquett, él no la conocía. Ella se estaba vengando de algo que Plass jamás había hecho.

El hombre, sin ideas como para defenderse o emitir reclamos, cerró los ojos, levantó los brazos y se entregó a los horrores con que lo amenazaba aquella suculenta sicópata entrada en años que, repito, lo miraba indiscriminadamente en francés.

La ampulosa dama, con movimientos apurados, inquietantes, exóticos, lo hizo todo: apagó las luces, lo desvistió al ritmo de la música puesta en su celular por ella misma. Patricio, incrédulo, resignado y con cierto ambiguo sentimiento de grata sorpresa, se dejaba manipular por la descomunal desconocida como si aquello fuera parte de un atrevido sueño demasiado impropio para ser soñado por él.

Preferiría profundizar poco, pero prosigo: Paulette practicaba piruetas penetrantes, proponía posiciones impúdicas, periplos prohibidos. Picardías peculiares en privadísimas partes posteriores (puro pepé, pepepepe...).

Patricio pedía parar, pretendía preservar personales perezas, propio de principiantes que postergan placeres *polifuncionales* en pos de privilegiar perimidos pudores prejuiciosos. ¡Pobre!

La mujer sabía lo que hacía. No pensaba detenerse. La movía la venganza. A Patricio en cambio, lo movía ella, Paulette Paquett.

Esa extraña que se había abocado a usurparlo en cuerpo y en alma... (A estas alturas no se sabía si, en contra, o a favor de su voluntad). Porque, hay que decirlo, el hombre experimentaba serias sensaciones encontradas. Sintióse como un resorte entre colchón y techo, como hamaca humana meciéndose entre el cielo y el infierno.

De pronto Paulette hizo una breve interrupción, bajó, revisó cajones, extrajo sus corbatas y con ellas, lo ató a las patas de la cama. Enseguida, el ritmo volvió a su apogeo en aquel mar de sábanas.

Pero algo vio de reojo que la desconcentró. Fue una foto familiar donde Patricio posaba, junto a un hombre igualito a él, pero mayor. No había dudas de que ese era su padre.

Alarmada dio un salto, pareció haber descubierto algo muy grave.

Caminó hacia la puerta de entrada del departamento, la abrió, revisó el lado de afuera, leyó la denominación: 6° B... Extrajo de su bolso una libreta verde, desencajada, pronunció en voz alta lo que tenía escrito:

–8°G... –y repitió –6°B, 8°G... ¡8°G! no, 6°B... ¡*Putain de dyslexie!* –refunfuñó ella, lo que quiere decir en castellano:” ¡Maldita dislexia!”. ¡Error! No era, ese pobre muchacho del 6°B, el hijo del hombre del que necesitaba vengarse, sino el muchacho del 8°G, dos pisos arriba.

Inmediatamente, cargó en su bolso, el arsenal de recursos que vibraban, brillaban, sonaban, despedían estrellitas de colores, los látigos de varios tamaños, los cubitos de hielo a pilas, las pomadas, última generación sabor a *fernet*, los sahumeros de *muña-muña* que tan en precio vendía el chino de la esquina.

Presurosa, Paquett se puso su tapado de piel, para proseguir perpetrando, en el piso pertinente, su perverso plan pergeñado con premeditación, al partir de París.

Su examante la reemplazó por una escuálida y habilidosa muchachita de 20. Quería humillarlo pagándole con igual moneda.

Paulette no era escuálida ni joven, pero sí lo suficientemente habilidosa como para seducir, a alguien 30 años menor y no a cualquiera, sino al mismísimo hijo del hijo de...

Paulette se prendió del timbre de la puerta correcta: la del 8°G. Nadie atendió.

Su sed de venganza flaqueaba. Sin pretensiones de samaritana, sentía haber hecho “*el bien, sin mirar a quien*”, recordando el gracioso estupor del confundido muchacho del 6°B quien, por cierto, seguía desnudo, dos pisos más abajo, atado de pies y manos sobre la cama.

Previo al punto póstumo, prosigue postal en plano picado de Patricio en posición plancha, pareciendo posar plácido para portal de página porno. Pudo probarlo: no todo privado placer depende de lo que pende.